

La casa solariega

Armando Chirveches

Índice

PRÓLOGO. El país como casa
Sebastián Antezana / 7

PRIMERA PARTE

Capítulo I / 20

Capítulo II / 39

Capítulo III / 48

Capítulo IV / 55

Capítulo V / 63

SEGUNDA PARTE

Capítulo I / 68

Capítulo II / 85

Capítulo III / 101

Capítulo IV / 112

Capítulo V / 124

Capítulo VI / 142
Capítulo VII / 152
Capítulo VIII / 157

TERCERA PARTE

Capítulo I / 166
Capítulo II / 173
Capítulo III / 188
Capítulo IV / 201
Capítulo V / 206

PRÓLOGO

El país como casa

Por Sebastián Antezana

L 899. Los últimos días de un siglo y los primeros de otro. En Bolivia, el Partido Liberal tomaba el poder y empezaba a gobernar con voluntad modernizadora bajo la batuta de los barones del estaño¹, decretando el liderazgo de La Paz sobre el resto de las ciudades del país (1899), proponiendo oficialmente la libertad de culto (1905), legalizando el matrimonio civil, el divorcio y firmando una estricta separación entre Iglesia y Estado (1911), y adhiriéndose, formalmente, a las elecciones democráticas (hasta que en 1920 el recién formado Partido Republicano se adueñaba del poder mediante un golpe de estado blanco).

Con ese telón de fondo quizás promisorio y seguramente provocador, incluso si solo para un reducido sector de la población, ejerció un grupo de autores que puede considerarse como la primera verdadera generación de escritores bolivianos, aquella que clausuró el XIX e inauguró el XX bajo las banderas de una modernidad desbocada y desigual, “que cuenta con poetas como Tamayo, Reynolds, Peñaranda; novelistas y a la vez historiadores como Jaime

¹ Voluntad modernizadora, sí, aunque todavía bastante tradicional en varios sentidos, como en el trato al indígena y a la visión estatal sobre la propiedad de la tierra.

Mendoza, Alcides Arguedas o Abel Alarcón, y escritores que cultivaban el ensayo, la crítica, el cuento y aun el poema en prosa, como Sánchez Bustamante, Juan Francisco Bedregal, Eduardo Diez de Medina, Alfredo Jáuregui Rosquellas, Man Céspedes, Demetrio Canelas y otros”².

Entre ellos, hubo uno, aristocrático aunque de ideas transformadoras, visitante dispar de la poesía modernista y la narración realista, que se ha constituido en referente definitivo del periodo. Armando Chirveches nació en La Paz en 1881 y murió –por mano propia– en París, en 1926. No es mucho lo que se sabe sobre su biografía, fuera de sus estudios de Derecho, su constante actividad diplomática y sus largas estancias fuera del país. Aunque descendía de una familia renombrada de La Paz, no miraba con buenos ojos el conservadurismo reinante y profesaba, como un pequeño Prometeo, el despertar del progreso que observó en las grandes ciudades del mundo, a las que viajó en busca de inspiración poética y en funciones laborales. Chirveches, se indica, “pintó con ironía y a veces con sarcasmo los cubiliteos de nuestra política pueblerina en novelas como *La Candidatura de Rojas*, y en *Casa Solariega* describió con tono caústico la santurronería gasmoña con tufo colonial que se conservaba en algunas ciudades, zahiriendo el entrometimiento de los curas que hacían y deshacían matrimonios y reputaciones”³.

La generación de Chirveches, que comenzó a escribir alrededor de 1900, vivía una época de grandes

2 “Escritores del pasado: Armando Chirveches”, en *Kollasuyo. Revista de estudios bolivianos* N. 72, La Paz, abril-mayo-junio, 1970.

3 Ibid.

transformaciones, una época en la que un nuevo espíritu suplantaba a otro. “A un mundo conservador, de costumbres antañonas y rancia prosapia, de mentalidad clásica y buen decir castellano, pero donde la frailería se colaba a los hogares y los cabildeos de sacristía influían en la política y en la situación social, sucedía un espíritu positivista y librepensador, que demandaba el progreso, la relación sin restricciones de la industria y del comercio con el resto del mundo; una mentalidad anticlerical que luchaba por la libertad de cultos, la enseñanza laica, el matrimonio civil y el divorcio”⁴.

En ese panorama cambiante, a medio camino entre el formalismo tradicional y la visión a futuro paradójicamente nostálgica de una sociedad lanzada hacia el progreso, la obra narrativa de Chirveches puede concebirse, en términos estilísticos, entre los coletazos de un modernismo lejano y un costumbrismo que no termina de serlo. En rigor, ninguno de los dos géneros puede adjudicársele con cabalidad ya que Chirveches es sobre todo, a pesar de la ansiedad de algunas claras influencias presentes y reconocidas en su obra, un individualista, un estilista radical que transcurre un camino personal, un autor que no creó escuela pero que sí contribuyó a la construcción de una nueva visión de país y a la aparición de importantes obras posteriores, inexplicables sin su narrativa.

Dos son consideradas las mejores novelas de Chirveches, *La candidatura de Rojas* (1909) y *La casa solariega* (1916). La primera es quizás su novela más conocida y celebrada, de ella se han hecho múltiples ediciones dentro y fuera del

4 Ibid.

país e incluso hoy continúan apareciendo reimpressiones. De la segunda se sabe bastante menos, no porque sea un texto inferior –aunque sí menos espectacular en términos de los mecanismos de la historia– sino, quizás, por esa extraña suerte que corren algunas buenas obras rápidamente olvidadas. Y quizás, por otra parte, porque mientras *La casa solariega* es una novela dedicada a presentar un retrato ferozmente crítico de la sociedad boliviana de la época, en *La candidatura de Rojas* la crítica y el retrato de costumbres se encuentran matizados por coloridos y jocosos giros narrativos que se echan algo en falta en su narrativa posterior⁵.

En ambas novelas Chirveches despliega al máximo sus dotes: observador agudo y mordaz del estado de la cultura; paisajista diestro y detallista del cambiante escenario político del país, interesado sobre todo en la descripción de costumbres y la pintura de caracteres; crítico moral y propulsor de una retórica correcta casi hasta el preciosismo, en la que rara vez los narradores dejan de ser una presencia determinante, incluso sobre las voces de los personajes. En *Hacia una historia crítica de la literatura en Bolivia*, Alba María Paz Soldán indica que “Quizás por eso es que la crítica lo ha catalogado de costumbrista”, puesto que “el impulso de su lenguaje no puede evitar detenerse en los detalles de los lugares donde ocurren las peripecias de sus novelas o en los detalles de las vestimentas y los rasgos de sus personajes,

5 Por cierto, sería interesante investigar en qué edición de la novela se le cambió el título. Cuando apareció originalmente en 1916, publicada por la Lit. e Imp. “Moderna”, llevaba el de *Casa solariega. Novela de costumbres latinoamericanas*, y posteriormente, ya en la reedición de 1973 de la editorial Juventud, se titula simplemente *La casa solariega*.

aún a riesgo de restar continuidad a su argumento. Hay en esto una marca de modernidad, en cuanto la observación del exterior revierte hacia una interioridad”⁶.

En efecto, un primer detalle que salta a la vista es que la lectura de *La casa solariega* presenta al lector detalladas descripciones que indagan y se detienen en los objetos, lugares, paisajes y personajes que se constituyen gracias a ese detenimiento en centro de la escena. Hay algo allí, entre la acción y su lento transcurso, entre la presentación de objetos, actores y su relato demorado. Más allá aún, el narrador de *La casa solariega* se concentra no tanto en los personajes como en los ambientes que constituyen la trama y, en realidad, en un ambiente sobre todos los demás, una casa solariega del Sucre de principios de siglo XX, “el convento verde”, como la conocen los vecinos de la ciudad. En ella, en ese centro del discurso de la novela, “el espacio, los objetos, cobran una preeminencia que se impone sobre los personajes y sobre las acciones del relato”⁷.

Aquella casa solariega es el centro de la novela de Chirveches. El solar de la familia Silva, de la que son miembros los protagonistas del libro, funciona como puntal de la tradición católica y conservadora en Sucre, y está habitado por descendientes de nobles españoles, militares, políticos y religiosos ya venidos a menos en un país en el que la noción de nobleza es un absurdo y en el que en la época se respiraban aires de cambio. La casa es el lugar en el que se desarrollan los amores tibios de Gaspar Silva y

6 *Hacia una historia crítica de la literatura en Bolivia*, Tomo II, Paz Soldán, Alba María coord., PIEB, La Paz, 2002.

7 *Ibid.*

su prima Carmencita, los ardientes de la misma Carmencita con el español Juan Luque, el catolicismo abstracto y recalitrante de Doña Dorotea—la anciana dueña de la casa— y Monseñor Dal Verne, la crisis ideológica de una generación con ansias de cambiar el modelo y las formas sociales de la época. La casa es el punto cero desde el que se proponen las coordenadas que definen el imaginario de la novela, un férreo centro de control de las fórmulas y actitudes sociales, el motor que origina el pensamiento político y las conductas económicas, el símbolo de una casta conservadora y ultra religiosa que, tras el advenimiento del siglo XX, se pone en pie de guerra en contra de la ideología liberal que la amenaza en forma de periodistas inquietos, jóvenes libertinos, mujeres librepensadoras, etc.

En esa casa, en la que históricamente se ha prohibido la entrada a hombres ajenos a la familia o al clero, hay dos polos que representan los extremos entre los que se tensiona la sociedad boliviana de la época: doña Dorotea, matriarca de los Silva, de rezo copioso y luto estricto, tradicionalista y fácilmente irritable, frugal, racista y dueña del solar; y Gaspar, joven liberal, progresista, aspirante a político y periodista revoltoso, en quien Chirveches quizás se ve a sí mismo y en quien personifica el difícil proceso de maduración política que se vive en la coyuntura.

Todo esto, sin embargo, aparece mediado por la poderosa voz narrativa que se concreta como la marca más notable de la novela, una voz única que, además de describir personajes e historias, además de contar trayectorias individuales y familiares, prefiere detenerse en la descripción metódica

y detallada del entorno, especialmente cuando se trata del convento verde, para así poder alcanzar la dimensión que verdaderamente le interesa, que es la de la crítica proyectada a través del paisaje realista y el cuadro de costumbres. En *La casa solariega* es en donde se manifiesta “más contundentemente una solitaria experiencia del tiempo del narrador, en la que el lenguaje despierta a la historia, la memoria de su entorno, y que se contrapone al relato propiamente dicho, es decir a las peripecias de los personajes. Esta introspección de la voz narrativa no implica un movimiento de la memoria del narrador ni de los personajes; es más bien una indagación dirigida a los objetos, a los espacios, en busca de la memoria recóndita que pudieran ellos guardar”⁸.

Esa “memoria” a la que Alba María Paz Soldán hace mención no es otra que la de la herencia colonial del país, que se ha hecho parte fundamental la casa solariega y algunos de sus habitantes. Esa herencia que hasta principios del XX, e incluso posteriormente, encarnó en absurdos empecinamientos de ortodoxia política y religiosa —es decir, en una ideología conservadora— se constituyó en tara histórica frente al impulso liberal del que Chirveches era parte. Por eso la voz narradora de *La casa solariega* entiende que la historia de los objetos, las cosas y los lugares, que la historia en realidad del espacio como coordenada habitable y significativa, es igual de importante que la de los hombres y, por lo tanto, concreta un gesto que apunta al rescate de su historia, su narración, que es lo mismo que decir su lenguaje. Es decir, lo que Chirveches hace en ésta y otras novelas es

8 Ibid.

rescatar el lenguaje simbólico del espacio y lo inanimado para dejar que, literalmente, componga la historia, la cuenta.

Frente a lo lírico y abstracto de su poesía, la prosa de Chirveches está en constante contacto con sus referentes y mantiene un fuerte carácter político. Una tensión evidente, por lo tanto, aquí la habita: Chirveches, el ciudadano, parece necesitar una solvente conciencia de lo nacional –o de alguna faceta de lo nacional– para poder ser Chirveches el escritor. Por eso su detenimiento casi obsesivo en los espacios, edificios, objetos y lugares de la novela, porque a través de ellos entendemos las actitudes y formas, a veces claras, a veces contradictorias, de los diferentes personajes, que además de tener un grado relativamente bien trabajado de psicología y emocionalidad se concretan casi siempre como figuras arquetípicas: el cura viperino, el abogado corruptible, la empleada maledicente, la señora casada y conservadora, el joven pobre pero idealista, el político desalmado, el intelectual preocupado por la situación, etc. Mucho antes de ocuparse de cosas como el género y el estilo, Chirveches parece sentir la urgente necesidad de concretar, desde la ficción, un espacio institucionalizado, un país, que a su vez lo permita como habitante. En un extraño gesto doble, las novelas de Chirveches son intentos de explicar un país –o algunas de sus facetas– que, sólo una vez explicado, podrá permitir que exista como escritor.

Así, Chirveches parece estar sobre todo preocupado por el lugar al que apunta la forma narrativa, es decir, por las manifestaciones de la que consideraba la conciencia nacional, los aspectos de una historia que conjugaban las

dimensiones política, social, religiosa y cultural de eso fatalmente abstracto conocido como identidad boliviana. Si acaso de algo puede acusárselo, es de cierta levedad a la hora de construir el paisaje emocional de sus personajes, ya que, como se dijo, privilegia ante todo la construcción de arquetipos que le permitan la crítica y el llamado a la reflexión, además de la ocasional mirada al absurdo que trae el impulso de la modernidad en la Bolivia de principios del XX y, en ocasiones, a los cuadros tristes de la época.

En esa línea, el mismo Chirveches es una figura quizás algo trágica de nuestras letras, un hombre que escribió mucho y críticamente sobre Bolivia, un hombre que la vivió profundamente y la quiso desde adentro y desde la distancia forzada, en la que terminó suicidándose en absoluta soledad. Como narrador es, sobre todo, un excelente paisajista, un dibujante certero de las costumbres y formas de un país que para él era todavía un estado eminentemente colonial, marcado por relaciones de absoluta verticalidad y en el que la idea de modernidad es al mismo tiempo una amenaza y un progreso disparejo y salvaje.

En la novela la casa solariega de los Silva, además de ser escenario de conflictos varios, es símbolo de una caída. Los avatares de Gaspar Silva y de Carmencita, la recalitrante ortodoxia de doña Dorotea y el oportunismo desvergonzado de Juan Luque, llegan a configurar el relato de la transformación de una antigua aristocracia criolla en una burguesía cada vez más liberal aunque todavía plagada de mezquindad –es decir, lo que ahora conocemos y celebramos tristemente como “la clase media”–. En ese sentido, la narración puede

verse como un relato obsesionado con las promesas del liberalismo y por la posibilidad de un despertar político y cultural al que los cambios que transformaban Bolivia a principios del siglo XX parecían apuntar. Pero, desde luego, el cambio nunca es total ni simultáneo sino progresivo, pleno de retrocesos y contradicciones, e incluso a veces de aberraciones, por lo que el modelo de país que entonces nacía estaba infestado por varias de las grandes plagas heredadas de la colonia, el racismo, la desigualdad, la corrupción, el oportunismo, etc. Existían en Bolivia, por lo tanto, grandes bolsillos de grotesco que Chirveches localiza rápidamente en su novela y desmenuza con particular placer, sobre todo mediante gestos nostálgicos como el de situar la acción en Sucre, ciudad que poco antes de la publicación de *La casa solariega* era todavía la sede del gobierno boliviano y que para 1916 ya extrañaba abiertamente las capacidades políticas que acababa de perder –y, con ellas, la posibilidad de configurarse como centro productor de la ideología, a pesar de los intentos que hacen algunos de los personajes de la novela por contrarrestar aquel lento declive institucional.

En la narración puede verse de forma privilegiada las consecuencias del abandono gubernamental de la ciudad y, en la metafórica caída de casas solariegas como el convento verde, el derrumbamiento de la clase social que albergaban. Es algo curioso, por lo tanto, que en una novela de largas y detalladas descripciones de escenarios, objetos y personajes, Chirveches haya dejado sin describir a Sucre, tal vez obedeciendo esa voluntad enigmática dirigida a los espacios cerrados, al claustro más que a las calles, a las habitaciones más que a las plazas públicas, negándole así a la ciudad

la posibilidad de configurarse como centro productor del discurso, u ofreciéndole esa posibilidad exclusivamente mediante un camino inverso: el de la nostalgia, el de la mirada que extraña al pasado.

Se puede decir mucho más sobre la novela pero prefiero no entrometerme demasiado en la historia y dejar que los lectores encuentren en esta introducción los menores obstáculos posibles y, acaso, también una línea crítica por la que abordarla. Eso porque el gran logro de la presente reedición de *La casa solariega* es el de ofrecernos un vistazo privilegiado de las conductas políticas, económicas y culturales que nos regían antes de las dos grandes rupturas que Bolivia vivió el siglo pasado: la Guerra del Chaco y la Revolución Nacional. Mediante esta reedición encontramos una Bolivia distinta y al mismo tiempo todavía cercana, en la que podemos reconocernos y buscar algunos de los gérmenes que hoy se han vuelto nuestro sustrato, algunas de las primeras huellas de lo que hoy son los edificios de la narrativa y la identidad boliviana.